

LOS NOMBRES QUE PASAN

Después del triunfo de la Revolución, llegó al Poder don Jorge Montt, quien, tras derrotar en las primeras votaciones al candidato radical-liberal, fué elegido por unanimidad.

La Presidencia de don Jorge Montt se iniciaba cuando aún no se había apagado el eco de la guerra civil. El problema político no presentaba mayores complejidades y, por lo mismo, no fué difícil mantener la concordia entre los partidos.

La conversión metálica y la creación de la Comuna Autónoma, fueron los proyectos que preocuparon al Congreso.

El jefe del Partido Conservador, uno de los hombres decisivos entre los revolucionarios, don Manuel J. Yrarrázaval, pertinaz y decidido, recto e ilustrado, concibió el proyecto de dar autonomía plena a los Municipios, idea que, convertida en ley, constituyó un lamentable fracaso.

Sus defensores aseguran que ella no tuvo éxito porque no se dieron recursos a los Municipios; pero la verdad es que el proyecto significaba un trasplante prematuro y desafortunado a nuestro país de fórmulas que no podían prosperar en él; que desintegraban aún más la autoridad del

Ejecutivo, ya bastante debilitado, y que contribuían a corromper el sistema electoral.

Durante este período presidencial, el año 1893, se organiza el Partido Liberal-Democrático, llamado comúnmente Balmacedista. Don Enrique Salvador Sanfuentes fué el alma de esta agrupación partidista.

El Gobierno, que había logrado pacificar el ambiente, sintió la amenaza de la resurrección del balmacedismo y decretó el estado de sitio. A pesar de ello, y de algunas relegaciones de militantes del nuevo partido, entre ellas la del propio señor Sanfuentes, éste obtenía, en las elecciones de 1894, un triunfo indiscutible, que revelaba cuán profunda y vigorosamente subsistía el recuerdo de Balmaceda en extensos sectores del país.

Es necesario pensar sobre la trascendencia de este triunfo. Hacía sólo dos años que Balmaceda había caído, después de sangrientas batallas que enlutaron a miles de hogares, a las que se sumaron las violencias, saqueos y represalias inmediatas, que agudizaron los odios. Sin embargo, dos años después, el nombre de Balmaceda ganaba una victoria electoral, bajo el Gobierno del jefe de los que lo derrotaron.

No es menos importante el ejemplo de civismo que dieron los vencedores de ayer, al respetar el veredicto popular.

Es ésta una prueba más de cómo Chile es capaz de superar estas contiendas y en qué forma la democracia, que significa convivencia, está en el carácter y en la vida de nuestra nación.

En esa misma elección y por primera vez, llegaba al Parlamento un diputado demócrata.

En 1896 debía elegirse nuevo Presidente.

Nació entonces la primera Alianza Liberal, que proclamó como candidato a don Vicente Reyes. La integraron los partidos Radical, Liberal-Democrático y Demócrata y una fracción liberal; el resto de este último partido, apoyado después por los conservadores, levantó la candidatura de don Federico Errázuriz Echaurren, quien fué elegido Presidente.

No eran semejantes los candidatos en su manera de ser ni en la forma de actuar.

Don Vicente Reyes, más que político, era un filósofo, incapaz de comprar un voto ni de dar un paso que no creyera justo. Don Federico Errázuriz, por el contrario, era un político capaz de todas las argucias. Parece ser un hecho que la compra de algunos electores, y ello, en el sistema indirecto de elección entonces en uso, era decisivo, le conquistó la mayoría que le diera el triunfo. Después, en el Congreso, se promovió cuestión acerca de si podían votar sus numerosos parientes, los cuales decidieron su victoria, que fué de sesenta y dos votos contra sesenta.

Los tiempos no eran propicios para un hombre como don Vicente Reyes. De ahí su silencioso retiro de la política.

Durante el Gobierno de don Federico Errázuriz, se continuó por el camino de los sucesivos cambios ministeriales. El nuevo Presidente incorporó a las tareas de Gobierno a sus adversarios los balmacedistas. Desde esa época comienza el Partido Liberal-Democrático a ejercer preponderante influencia en todos los Gobiernos y en la Administración Pública.

Domina la gestión del señor Errázuriz el arreglo del problema de los límites con Argentina, el que fué afrontado por aquél con todos los recursos, unificando tras de sí la opinión de los partidos, para tener el respaldo necesario para resolverlo. En este terreno, el Presidente actuó con habilidad y obtuvo pleno éxito.

Evitar un conflicto y sellar una amistad no interrumpida desde entonces, lo hace ya merecedor de un lugar en la historia.

Sin embargo, no cabe duda de que el fallo con que terminó la disputa sobre nuestra frontera con Argentina, nos fué desfavorable en muchos aspectos. Perdimos numerosos y ricos valles, que fueron ocupados a última hora por los argentinos, los que, además, supieron rodear e influenciar eficazmente al perito británico.

Don Joaquín Walker, que representó una actitud de mayor firmeza ante este problema, fué desplazado del Ministerio en forma bien poco elegante, lo que debilitó la posición de Chile y le hizo perder en el arreglo valiosos territorios.

Todos estos hechos son dignos de señalarse, en especial, porque en aquellos años, el poder y la población del país, y la unidad patriótica de los chilenos, hacían posible que pudiéramos defender en forma enérgica nuestros derechos.

Tal vez, a la luz de un nuevo criterio, que mira estas pequeñas diferencias territoriales como cuestiones inútiles en un mundo que tiende a su unificación, por lo menos continental, el arreglo de 1898 haya sido en definitiva beneficioso, a pesar de estas consideraciones con escaso valor de actualidad.

En su última etapa, este Gobierno hubo de soportar una severa crisis y la quiebra de la fugaz conversión metálica que había establecido el anterior, volviéndose al billete de curso forzoso. Nuestra moneda llegó a valer menos de 8 peniques, lo que, en esos años, era una verdadera catástrofe.

El Presidente Errázuriz no terminó su período. Entregó el mando temporalmente a don Elías Fernández Albano y, después de su muerte, el 12 de Junio de 1901, antes de expirar su mandato, lo reemplazó don Aníbal Zañartu.

Para sucederlo se levantaron dos candidaturas bien definidas: don Pedro Montt, apoyado por conservadores y nacionales, herederos de Montt y Varas, y don Germán Riesco, que contaba con el apoyo de liberales, balmacedistas, radicales y demócratas. El triunfo de este último, dada la desproporción de fuerzas, fué naturalmente indiscutible.

El nuevo mandatario, aunque elegido por los liberales, era de tendencia y temperamento conservadores.

Don Jorge Montt recogió fresco el triunfo de la revolución; y don Federico Errázuriz, hombre de hábiles recursos, se defendió, hasta donde era posible, de la influencia creciente del Parlamento. Las circunstancias requerían de un

Presidente enérgico y decidido, con visión y voluntad de gobierno: ninguna de estas condiciones caracterizaba al señor Riesco. Podía tener muchas cualidades, pero carecía de aquéllas, que eran en ese instante las más necesarias. Por ello fué desbordado en su acción de gobierno por la marea del parlamentarismo, que alcanzó su apogeo bajo su Gobierno: dieciséis cambios totales de Gabinete y tres parciales, así lo prueban. Se sucedieron unas tras otras las combinaciones, algunas de ellas presididas por los conservadores, que habían sido sus adversarios en la elección que lo llevara a la Presidencia de la República.

Es en esos años cuando asume la dirección del Partido Balmacedista don Juan Luis Sanfuentes, que vino a desplazar la figura de su hermano, don Enrique Salvador. Hábil y sin mayores escrúpulos, después de apoyar al Presidente recién elegido, se unió a los conservadores, dejándolo así sin mayoría en el Parlamento.

Fué tan difícil la posición política del Presidente, que llegó a pensarse que podría producirse una crisis presidencial, la cual, afirman algunos historiadores, quería provocar el señor Sanfuentes.

Desde esa época, se hace sentir la preponderante influencia que debía ejercer en la política chilena el jefe del balmacedismo, hasta el término de su presidencia el año 1920. Como Ministro de Estado y Presidente del Senado, usó de su poder para organizar una de las redes burocráticas más perfectas que ha conocido el país y, en muchos períodos, fué el verdadero gobernante del país aún cuando no había llegado todavía a la Moneda.

Le correspondió al señor Riesco afrontar los primeros conflictos sociales y algunas intensas escaramuzas políticas; pero el Gobierno en sí, fué más bien un elemento pasivo en el juego parlamentario que dominaba ya ampliamente la escena.

Los conservadores, que para combatir a Riesco levantarán el nombre de don Pedro Montt, no mantuvieron en 1906

su candidatura y proclamaron a don Fernando Lazcano, que representaba una poderosa corriente de su partido; pero era tan fuerte la adhesión de un grupo conservador por el señor Montt, su antiguo candidato de 1901, que sus componentes llegaron hasta separarse de su tienda política: fueron los llamados Monttinos. Por lo demás, la ruptura conservadora duró sólo hasta el término de la elección, sellándose la unidad en un gran banquete que se verificó en el Santa Lucía.

La mayoría conservadora, más liberales y balmacedistas, proclamó a don Fernando Lazcano como candidato a la Presidencia.

El grupo conservador de los Monttinos, se unió a liberales y radicales e hizo presidente al jefe del Partido Nacional, don Pedro Montt: hombre modesto, tenaz, bien intencionado, honesto en sus procedimientos, equilibrado en sus juicios, tal vez un tanto opaco, que hubiera querido ser digno de su antepasado don Manuel Montt, cuya figura resultaba, en la comparación, demasiado poderosa. El nuevo mandatario alentaba el propósito de dejar, de su paso por el Poder, el recuerdo de positivas realizaciones.

Triunfó, consiguiendo imponer algunas de sus aspiraciones, como la línea ferroviaria longitudinal al Norte y la prolongación de la del Sur hasta Osorno. Conseguir la aprobación de estos proyectos, significó una guerra sin cuartel contra una oposición que nada concedía al Presidente.

A pesar de haber sido elegido por liberales y radicales, debió considerar a la Coalición que dirigía don Fernando Lazcano, pero, en verdad, no pudo dominar la oposición parlamentaria que encabezaban en la Cámara de Diputados don Alfredo Yrarrázaval, don Enrique Zañartu y don Arturo Alessandri. Este último comenzaba ya a adquirir importancia en la contienda política.

Profundamente desengañado, pues se emplearon con él procedimientos que no había usado con sus adversarios, parece que se dejó dominar por un sombrío pesimismo que

tal vez no fué extraño a la grave enfermedad que lo agotó prematuramente, siendo causa de su muerte en Bremen, antes de terminar su período.

Para reemplazarlo, ocuparon la Vicepresidencia, primero, don Elías Fernández Albano, que también falleció, y después, don Emiliano Figueroa Larraín, a quien correspondió representar al país en las festividades del Centenario de nuestra Independencia.

Pasado este interregno, fué elegido don Ramón Barros Luco, quien "no era un peligro para nadie; tenía 75 años" y había participado en los Gobiernos de don Manuel Montt, Pérez, Errázuriz Zañartu, Aníbal Pinto y Domingo Santa María. Fué también Ministro de Balmaceda en dos ocasiones, pero se separó de él en 1890, y volvió a ser gobiernista con don Jorge Montt, con don Federico Errázuriz Echaurren, don Germán Riesco y don Pedro Montt". (1). Había participado en todos los Gobiernos, y contó con el apoyo de todos los partidos.

Don Ramón Barros simbolizó un tipo humano que se ha destacado en nuestro medio porque su opaca mediocridad no despierta recelos ni apaga el brillo de otras personalidades modestas. No tenía ninguna cualidad relevante: ni espíritu audaz, ni ambición creadora; carecía de imaginación y poseía sólo la ilustración que da el vivir en un medio culto y el haber viajado. Queda de él sólo el recuerdo de algunas anécdotas que lo muestran malicioso y socarrón, conocedor del medio y buen manejador de los hombres.

Es curioso constatar que existe en nuestro medio una instintiva desconfianza por las cualidades excesivas o los rasgos muy marcados. Se prefiere el "buen sentido". Un político como Churchill, pintando cuadros o cultivando algún otro arte en su retiro, estaría de antemano perdido entre nosotros.

Seguramente no le faltaba a don Ramón Barros buen juicio y agudeza, pero, ciertamente, que era todo lo con-

(1) Domingo Amunátegui Solar.—Obra citada.

trario de lo que puede concebirse como un estadista: pertenecía a la clase de los gobernantes cuya suprema aspiración es que no ocurra nada, ni bueno ni malo, y que, en ciertos períodos, llegan a satisfacer su deseo, pero que dejan acumularse las causas de futuros conflictos. No se opuso a ninguna de las demasías parlamentarias y su sola misión fué firmar los documentos oficiales y dejar que los acontecimientos siguieran su curso. Parecía dormitar con frecuencia y su imagen más aproximada es la de un anciano que duerme una larga siesta en el sillón presidencial. ¡Felices tiempos en que podía tenerse la sensación de que ésta era la manera más hábil de gobernar una nación! Cinco años en que, tras una apariencia de calma, la descomposición del sistema se acentúa.

En Septiembre de 1915, fué proclamado Presidente por el Congreso don Juan Luis Sanfuentes, candidato sostenido por conservadores, liberales-democráticos (balmacedistas) y nacionales, derrotando en las urnas, muy estrechamente, 174 electores contra 173, al candidato liberal, radical, demócrata, señor Javier A. Figueroa L.

De esta manera, un hermano de don Enrique Salvador Sanfuentes, cuya eventual candidatura provocara tan hondos resentimientos políticos en el pasado, llegaba al poder sostenido por la herencia de Balmaceda y por la fuerza siempre poderosa de los conservadores.

El nombre del nuevo Presidente simbolizaba toda una época y todo un partido. A pesar de contar con los elementos electorales que debieron darle un triunfo holgado y que su contendor no despertaba adhesiones muy entusiastas, era tan resistido que estuvo a punto de ver destruída la obra tan empeñosamente construída por su ambición. Por largos años había tejido una espesa red, en la cual los hilos de las influencias burocráticas se entrelazaban con todos los ardores de un sistema que permitía al que manejaba las mayorías parlamentarias, hacer del Presidente un prisionero.

Su nombre estaba vinculado a estos manejos profundamente antipáticos a la opinión pública, y por eso, a pesar de su poder, era impopular y resistido.

No representaba ideas, ni programa, y su historia política era la historia de una politiquería de la más pobre escuela, que no podía dar al país ni esperanzas, ni destino.

Políticamente aparecía vinculado a hombres que hacían de los negocios y de la política una turbia confusión y, si bien no podría acusársele de incorrección, es el hecho que a su amparo o con su beneplácito o sin su castigo, medraban tales especies de gentes.

Esto vino a acentuar la decidida oposición del pueblo a su persona.

Sin embargo, en un aspecto de su gestión, tuvo un singular acierto: fué la manera digna y serena con que manejó las relaciones internacionales de Chile durante la Primera Guerra Mundial, manteniendo una neutralidad, que, en la segunda conflagración ya fué imposible mantener, porque habían variado fundamentalmente las condiciones del mundo y la forma del conflicto. La tesis del señor Sanfuentes se resumió en una frase muy feliz: "Chile no saldrá de la posición que ha tomado sino en el caso de ser ofendido en su honor o herido en sus intereses".

Los últimos años de su gobierno le hicieron comprender que así como Balmaceda había asistido al término de un período, a él le correspondía contemplar cómo nacía uno nuevo. Con amargura vió venir el fin y, tras los muros de la Moneda, sintió crecer amenazadora la marea popular, ante la cual todos los viejos recursos empleados con tanto éxito, por tan largos años, eran por completo ineficaces.